

P. Zenón Erigüen  
Cursos



# PASIÓN SOLIDARIA

Meditaciones sobre la Pasión

P. Zenón Urigüen  
Pasionista

# PASIÓN SOLIDARIA

Meditaciones sobre la Pasión

DEDICO estas meditaciones "PASION SOLIDARIA",  
a las comunidades Pasionistas,  
a la Familia Pasionista y Vida Ascendente,  
a todos los laicos que buscan a Dios "en espíritu y verdad".

## ÍNDICE

- 3 Presentación
- 4 Pasión solidaria
- 5 Proyecto optimista de Dios
- 6 El proyecto de Jesucristo
- 7 Cena pascual, brindis de amor
- 8 El espíritu de la Eucaristía
- 9 Cristo ora su pasión
- 10 Jesús arrestado y torturado
- 11 ¿Juzgar al Mesías?
- 12 El juicio de la autenticidad
- 13 El dinero y la traición
- 14 Negar a Jesús
- 15 El calvario del juicio
- 16 ¿Jesús o Barrabás?
- 17 La tortura de los azotes
- 18 Autoazotarse
- 19 Corona de espinas
- 20 Ha llegado la Hora
- 21 La sabiduría de la cruz
- 22 Los crucificados de hoy
- 23 Padre, perdónales
- 24 Hoy estarás conmigo en el paraíso
- 25 Ahí tienes a tu Madre
- 26 Dios mío, ¿por qué me has abandonado?
- 27 Tengo sed
- 28 Todo se ha cumplido
- 29 Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu
- 30 La Resurrección
- 31 Dos resurrecciones



Edita: Pasionistas-Bilbao

## PRESENTACIÓN

La persona y el misterio de Cristo Jesús, sobre todo en su cruz y su Pasión, es fuente inagotable de inspiración santificadora y principio vital para las acciones liberadoras en nuestro compromiso de la restauración de la sociedad.

La acción redentora de Cristo nunca se agota. Por eso he querido ofrecer estas meditaciones sobre la Pasión de Cristo, con la firme convicción de que "ésta es la revelación del poder de Dios que penetra el mundo para destruir el poder del mal y edificar el Reino de Dios".

Éste es el carisma Pasionista: meditar la Pasión de Jesús y formar escuelas de oración de donde surjan los apóstoles de la transformación de nuestra sociedad.

- Meditar en la Pasión del Señor es compenetrarse del amor de Dios y de su presencia amorosa y redentora en medio de nosotros.
- Es la gracia suprema que nos compromete a proclamar el Evangelio de la Pasión a todo hombre y mujer, sujetos del amor y de la Redención de Cristo.
- La meditación de la Pasión de Cristo "no sólo como acontecimiento histórico pasado, sino como una realidad presente en la vida de los hombres que hoy viven crucificados por el pecado, la injusticia, por la ausencia de un sentido profundo de la vida y por el hambre de la paz, de la verdad y de la vida" nos impulsa a anunciar su misterio como la solución providencial para nuestra sociedad. (Constituciones)

La Pasión de Cristo es el remedio más eficaz para la conversión y renovación del corazón humano.

Meditemos. vivamos y compartamos el misterio Pascual del Señor en la oración y en la vida, en un gesto de solidaridad cristiana con todos los hombres y mujeres que buscan a Dios y ansían la Redención.

*"El portento más grande del amor de Dios es la Pasión de Cristo"*  
(San Pablo de la Cruz.)

*"La sociedad actual condena a muchos y regenera a pocos"*  
(P. Zenón Urigüen)

Nota: Estas meditaciones fueron publicadas en la revista Redención con el título de "Viñetas Pasionistas".

## PASIÓN SOLIDARIA

**E**n el año 1990, para ser fiel al carisma Pasionista, escribí en Colombia, el libro PASIÓN SOLIDARIA, destacando la Pasión de Cristo como el gesto solidario más admirable que haya recibido la humanidad en el orden espiritual, moral y social

La solidaridad es un valor básico de la vida humana y un compromiso esencial en la configuración del auténtico modelo de la sociedad humana y cristiana. La palabra solidaridad suscita un espíritu general de asistencia y presencia, de colaboración y comunión para la solución de los males de la sociedad. Pero no basta. La fórmula de oro de la solidaridad es que se vaya creando en la comunidad humana una mística dinámica para constituir una fraternidad universal sobre las bases de: LA JUSTICIA Y LA CARIDAD y así transformar toda la sociedad

La solidaridad se identifica con la más pura ética de la vida humana. Es la regla de oro que constituye la norma moral básica y universal de la humanidad y nos invita a saber, sentir y asumir la condición humana como un todo en el que se solidarizan cada uno de los seres humanos. La solidaridad es una exigencia permanente a compartir no solo los bienes humanos sino las duras realidades de injusticia, dolor y marginación.

El Dios cristiano es un Dios solidario. Las pruebas más gráficas de esta afirmación están en la revelación de Jesús durante toda su vida

Con inspiración genial se ha dicho: "Lo que no se asume no se redime" Cristo, en un gesto de amor y solidaridad, asumió nuestra frágil naturaleza, con el fin de realizar la restauración universal de la humanidad. Su vida, su muerte, su Pasión y Resurrección marcan los grandes signos de una solidaridad redentora del género humano.

En la persona de Cristo se sintetiza toda la acción liberadora de los hombres. Nadie como Él ha predicado un reino de justicia y de paz, de amor y de reconciliación, de justicia y caridad. Su vida y su mensaje han sido rubricados con la sangre de sus venas. Su Evangelio ha sido punto de partida para, en solidaridad humana, llevar los gérmenes de la restauración de los hombres más despojados de sus derechos, y vitalizar su misión humana y cristiana en el mundo

El Dios cristiano es un Dios solidario. Si Dios es solidario el pueblo que se reúne en torno a Él debe ser solidario. "Ya no hay diferencia entre judío y griego, entre esclavo y libre, entre varón y mujer, pues todos sois uno solo en Cristo Jesús." (Gal.3, 28) Es la proclamación de la fraternidad y solidaridad universal.

La fe cristiana nos identifica a todos los hombres y nos invita a la causa de la unidad en el bien. La justicia y la caridad es la regla de oro de la solidaridad humana.

## PROYECTO OPTIMISTA DE DIOS

**T**odo proyecto personal y social debe ordenarse sobre un plan efectivo y una aspiración al éxito. No se descarta el mal y la dificultad, se trata, más bien, de poner en vivo la capacidad humana para su ordenado progreso en los grandes valores de la vida.

La humanidad actual necesita urgentemente una inyección de optimismo, porque es grave la profunda decepción humana por la complejidad de causas que negativamente nos acosan. No se trata de un optimismo utópico, sino de un optimismo positivo con una buena dosis de firmeza de voluntad, confianza y perseverancia.

La Biblia nos habla de los designios de Dios sobre el hombre y su historia. El proyecto de Dios siempre es optimista. Ante el engaño de Adán y Eva resuena la voz que sanciona su culpa, pero ahí mismo surge el proyecto optimista de Dios, que dice a la serpiente: "Pongo enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo, él aplastará tu cabeza" (Gn.3, 15).

Este proyecto optimista tiene su recorrido histórico. A pesar del pecado y de la decepción humana, Dios tomará la iniciativa de la liberación de la esclavitud de Egipto, del éxodo y de la Pascua. El pecado y la esclavitud deben recibir la gracia y la gloria de la liberación. Éste es el plan de Dios y la eterna tarea del hombre.

Los profetas inspirados por Dios, vislumbran algo de los proyectos divinos y con su anuncio mantienen viva la llama de la esperanza en el pueblo creyente. Anuncian la salvación y la presencia del Salvador en nuestra historia.

El pecado del hombre ha sido calificado como anti-proyecto, un grito de autonomía e independencia, que resuena todavía en el mundo. ¿Cuál será la respuesta de Dios?

La meta del proyecto divino tiene su vértice en la persona de Cristo. "El salvará al pueblo de su pecado" (Mt.1, 21). La vida de Jesús es sello de garantía de su fiel cumplimiento. Sin embargo el hombre es pecador y de dura cerviz para su conversión. Dios no pierde su optimismo y nos dará la revelación más insospechada para la mente humana: la cruz, la Pasión y la Resurrección del Señor.

Siempre he admirado la profunda psicología de Cristo cuando dice a Nicodemo: "Si hablándoos de cosas terrestres no me creéis, ¿cómo me vais a creer si os hablo de cosas celestiales? Por eso es necesario que el hijo del hombre sea levantado en lo alto para que los que crean en Él tengan vida eterna" (Jn.3,9 ss). Cristo se refiere a su muerte en la cruz.

El mundo no se salva con palabras y milagros. El mundo se salvará con el sacrificio redentor de Cristo. Es la Pasión positiva y optimista de Dios. Este proyecto no es una utopía, ya que millones de creyentes en Dios lo han vivido en forma heroica y gloriosa.

## El proyecto de Jesucristo

Es interesante y gratificante poder adivinar los proyectos de Dios. ¿Quién duda que el proyecto de Jesucristo era la salvación del género humano? Pero para realizar esta gran gesta, ¿cuál sería la opción escogida?

Cristo, el Mesías esperado por las naciones podría haber proyectado la fundación del Reino de Dios, escogiendo la flor y nata de la humanidad espiritual, moral y social.

En la mente de Jesús fulguraron las tentaciones mesiánicas, de la fama y del dominio del mundo, pero rechazó estas sugerencias y fue fiel a su proyecto de amor y de justicia.

Jesús, finísimo observador, ve que los hombres tienen sus propios proyectos del Mesías. Sueñan en privado y en público con un Mesías lleno de poderes divinos, dotado de dones sobrenaturales, ungido por Dios para la conquista del mundo. Los mismos apóstoles vibran al unísono con estos ideales. Jesús no se dejará vencer por la seducción del dominio del mundo. Con razón se ha dicho que una cosa es poseer el mundo y otra muy distinta conquistarlo. Cristo nos ofrece la gracia de la posesión del corazón por el don del amor y del perdón.

El proyecto y la revelación de Jesús es la gratuidad del amor de Dios. La esencia de Dios es el amor y la esencia del amor es la donación total. El sujeto del amor de Dios es la persona humana herida por el pecado e incapacitada para su salvación.

¿Qué proyectará Jesús al conjuro mágico del amor? La Pasión del amor. La Pasión jamás intuida por la mente humana, su entrega en la prueba más sangrienta que la maldad humana ha podido inventar: la muerte en la cruz. Con razón este misterio suscitará fuerte reacción en unos, escándalo en otros y locura para los sabios.

Tan solo el amor de Dios puede poner el sello de la sabiduría a la muerte del Salvador en la cruz. Tiempos antes de que los hombres dictaran la muerte de Jesús, Él la había anunciado con acento profético. "La prueba más grande del amor es dar la vida por el amigo". Sí por el amigo, porque para el amor de Jesús no hay enemigos. Nada más claro, el mundo no se salva con el poder y las armas. El mundo se salvará siempre con el amor de Cristo y con su entrega redentora en la cruz.

El mejor proyecto para Dios y para la vida de los hombres es el amor, el perdón y la reconciliación. Es el proyecto de Cristo vivido con heroísmo sacrificial en su vida y su muerte en la cruz.

Éste es el sacrificio espiritual que nos salva a todos.

## CENA PASCUAL, BRINDIS DE AMOR

Las relaciones históricas del hombre con Dios han sido de gran infidelidad. Pero Dios siempre ha sido fiel en la oferta de su misericordia y de una alianza generosa. Jesús será la revelación más admirable de ello. El Jueves santo, llegada la hora, "habiéndolo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin" (Jn. 13, 1) Jesús reúne a los apóstoles en torno a una mesa para celebrar la pascua y les dice: "Ardientemente he deseado celebrar esta Pascua con vosotros antes de padecer". Son las solemnes palabras del brindis de la nueva alianza.

Jesús entra en su Pasión tomando parte, junto con los suyos, en el banquete pascual, en el que el pueblo judío celebraba la liberación del opresor y de la posterior alianza con Dios. Pero Cristo quiere "ardientemente" que este banquete pascual sea el de la nueva Alianza sellada con su sangre. Para ello instituye, bajo las formas del pan fraccionado y de vino compartido por todos, convertidos en su cuerpo y en su sangre, el memorial del sacrificio que iba a ofrecer el día siguiente sobre la cruz.

Jesús durante toda su vida había celebrado la pascua judía en una meditación silenciosa, con gran tensión de su espíritu de amor. Ahora, en la cena del Jueves santo, Él mismo será la Pascua nueva y eterna.

En una referencia nunca oída por el hombre dirá a los apóstoles: "Tomad y comed que esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros. Tomad y bebed que ésta es mi sangre, sangre de la nueva Alianza". Jesús será la nueva y definitiva revelación del amor de Dios y de su nueva Alianza con su pueblo.

En la mente de los apóstoles se produce una sensación indefinible. Su tradición de la celebración de la pascua es única, inmutable. Todo esto les sorprende. Una tradición secular, un rito de histórica raigambre popular se modifica de una forma fulgurante.

Y con Cristo, con sus palabras y sus acciones se abre una nueva Pascua, un nuevo cordero pascual, un nuevo misterio de alianza de Dios con su pueblo.

Dios, en la persona de Jesús se ha sentado a manteles con los hombres, celebra con "ardiente deseo" la Pascua definitiva. No se mira el pecado del hombre ni su infidelidad. Tan solo se vive la celebración del amor de Dios, su ofrenda total, su Pasión anticipada en el signo prodigioso de la Eucaristía.

Como por arte de encantamiento desaparecen de la faz de la tierra los sacrificios y los sacerdotes del mundo antiguo y tan solo nos queda el sacrificio y el sacerdocio de Cristo. Ésta es nuestra Eucaristía, memorial de la Pasión del Señor.

# EL ESPÍRITU DE LA EUCARISTÍA

Hoy día estamos en la onda de estudiar y escribir sobre la vida y el misterio del Jesús histórico. Al carecer de datos ciertos se nos habla de una aproximación histórica. En nuestra fe tenemos la certeza del espíritu único y admirable de Cristo. Como fieles creyentes deseamos ponernos en la onda del espíritu de Jesús en toda su vida, y concretamente en la institución de la Eucaristía.

Vemos en los Evangelios que para Jesús el banquete era signo extraordinario de comunión y de alegría. Jesús se había dado a los pecadores y había celebrado banquetes con ellos. La institución de la Eucaristía es el broche de oro de su vida de amor al hombre y de la integración de los pecadores y marginados en su nuevo reino.

El espíritu de Jesús queda vivamente reflejado en la institución de la Eucaristía. Sólo Él puede decir estas palabras: *"Tomad y comed, que esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros"* (Lc.22, 19). Desde ahora la comida pascual es el mismo Cristo, es toda su vida entregada por nosotros. Y añade: *"Tomad y bebed que ésta es mi sangre, que será derramada por vosotros y por todos para el perdón de los pecados"*.

Las comunidades apostólicas celebrarán este espíritu de Jesús proclamando: ya no hay libre ni esclavo, ni hombre ni mujer, ni rico ni pobre. Éste es el espíritu de Cristo que se debe vivir en su Iglesia.

¿Cómo entendió y vivió la Iglesia apostólica el espíritu de la Eucaristía? Tenemos una fiel radiografía de la misma. La celebración de la Eucaristía está íntimamente unida a la comunión fraterna, a compartir los bienes, a superar las divisiones, a fundar una comunidad en torno a la mesa del Señor.

La Eucaristía resume toda la existencia terrena de Jesús vivida como amor y entrega para la salvación de todos.

La Eucaristía es un banquete donde el creyente debe hacer suyos los valores del Evangelio como son: la conversión, el amor, la justicia y la caridad fraterna.

La Eucaristía no debe vivirse sólo en el orden de la piedad, sino en el orden cristiano de caridad y acogida al hermano. El sacerdote y la asamblea deben dar a la Eucaristía un nuevo frescor del Evangelio, una nueva presencia de Dios en nuestra vida. Celebrada esta Eucaristía estamos llamados a ser signos creíbles del Dios del amor. Esto es vivir la comunión de corazones. Es todo un ágape de fraternidad.

El espíritu de la Eucaristía es, por fin, el envío pascual como testigos de Cristo y fermento de renovadas comunidades de fe "en espíritu y verdad".

# JESÚS ORA SU PASIÓN

La oración es una práctica universal. Todos los pueblos han orado y oran. Como en todo, sobre la oración hay distintas opiniones. "La oración no es más que una ilusión compensatoria" (Freud). "La oración se disuelve en una evasión vital" (Marx).

En nuestros días algunos piensan que no se necesita la oración porque la ciencia, el progreso y la medicina resuelven los problemas de la vida. Sin embargo, hoy día, más que nunca, el hombre se sumerge en el vacío, en la angustia cósmica, en el odio, en la barbarie y en el suicidio. Las naciones más civilizadas son las que sufren más suicidios.

Jesús quiere imprimir el sello de la redención a estas ideas y males de la humanidad. Y se nos presenta como el modelo de oración que interpela fuertemente al hombre creyente, porque con su oración, refleja las actitudes vitales que nos deben animar y comprometer a vivir, inseparablemente, el amor a Dios y el amor al hermano.

Cristo fue profundamente para los hombres porque fue profundamente para Dios. Si Jesús no hubiera sido profundamente para Dios no hubiera llegado tan profundamente a los hombres" (Bon Baltasar).

Jesús oró como hombre y como cabeza de la humanidad e hizo de la oración el centro de su vida. Pero la oración de Jesús en su Pasión fue la cita definitiva con el proyecto divino de la salvación. Y en esta oración asumió, vivió y experimentó la Pasión que lo llevó a la gloria de la Pascua.

La oración de Jesús resume el misterio de su vida y de la salvación humana. Jesús ora el designio del Padre. Ora la debilidad de su propia naturaleza humana, ora la historia de la iniquidad humana y ora la solidaridad con nuestra raza a la que debe restaurar.

La oración de Jesús es la energía divina que le comunica la fortaleza para afrontar la gran epopeya de su Pasión sangrienta. Es la oración de la Redención por excelencia. El mismo Jesús revelará el infinito sacrificio de su espíritu. "Siento una tristeza de muerte" y comenzó a sentir tristeza y angustia" (Mat.26,37).

A pesar de esta dramática situación Jesús no quiere utilizar a Dios en provecho propio. Su oración, su angustia y su Pasión se ponen en perfecta sintonía con el plan divino de su sacrificio redentor en beneficio de la humanidad pecadora. Para Jesús la oración es aceptar plenamente la voluntad divina. "Padre, hágase tu voluntad".

Es el nuevo HÁGASE, palabra clave en la creación, en la Encarnación y en la redención del mundo.

**"Ser hombre sin Dios es despojarse de la dignidad suprema del hombre"**  
(J.Gago)

# JESÚS ARRESTADO Y TORTURADO

Todo hombre sorprendido en delito es detenido por la autoridad. La ONU proclama los derechos del hombre, entre los cuales se destaca que debe ser oído en su declaración, estableciéndose siempre un justo juicio para darle la libertad o la sanción debida.

Fundamentalmente toda persona, buena o mala, merece respeto en su honor, en su vida y en su ser físico. Existe, sin embargo, un hecho delatado por la sociedad: la tortura, el lavado de cerebro y las presiones sangrientas para arrancarle la verdad, y hasta para cambiarle de mentalidad. Esta clase de torturas, a veces en personas justas, es tan vituperable como anticristiano.

Jesús, el profeta de la justicia, el defensor de los pobres y marginados, fue arrestado como un malhechor. "Habéis salido a arrestarme con espadas y palos como si fuera un salteador" ( Mat.26-55).

Jesús hubiera podido presentarse ante la autoridad para ser juzgado. Sin embargo quiso ser sometido a la ignominia del arresto y las torturas para reparar los injustos desmanes que la sociedad comete contra las personas. Es un nuevo gesto de solidaridad con la causa del hombre maltratado en su ser.

Y aquí empieza, antes del juicio, la impiedad humana. Aquella turba inicia una serie de atropellos, de burlas e insultos, de golpes y maltratos. Llegados ante el tribunal religioso judío los evangelistas nos dan un relato gráfico del martirio de Jesús: "Comenzaron a escupirle en la cara y darle bofetadas diciéndole, adivina quién te ha pegado". Le vendaban los ojos y lanzaban contra Él muchos insultos" (Luc 22,64).

¿Por qué Jesús, hijo de Dios, permite estas injusticias? El hombre que es injusto con el hombre, esta vez, ha desplegado su injusticia contra Dios. Cristo sufre en su persona divina las atroces torturas que los hombres se infieren. Todo ello debe ser redimido con su amor heroico y solidario. Su vida es una ofrenda redentora. Jesús desautoriza la tortura y da su vida como un signo de amor y respeto por la persona y su vida. Su ejemplo nos admira y compromete.

El Dios cristiano es un Dios solidario. La palabra solidaridad es una expresión detonante que expresa la condición sólida de la dura realidad humana en la familia, en la violencia de género, en torturas y violencias de los derechos humanos. La solidaridad ante la injusticia es una de las formas de "DECIR DIOS HOY". Si Dios es solidario, el pueblo que se reúne en torno a Él también ha de ser SOLIDARIO. El que no es bueno con Dios, es cruel con su hermano.

# ¿JUZGAR AL MESÍAS?

"No juzguéis y no seréis juzgados" (Mat. 7, 1)

Jesucristo comprende el estado de culpabilidad en que vivimos los seres humanos en nuestros juicios. La ley judía era de gran dureza para con los pecadores, a quienes condenaban sin piedad. San Lucas describe esta realidad: "Jesús puso una comparación para algunos que estaban convencidos de que eran " justos" y que despreciaban a los demás, que eran ladrones, injustos, adúlteros" (Lc 18, 9).

La injusticia más grande es que un pecador juzgue y condene a otro pecador. La psicología humana está fuertemente afectada por el morbo del juicio temerario y la condenación, creando situaciones duras en la familia y en las relaciones humanas. Para curar de raíz este mal san Juan nos dice: " Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar el mundo, sino para salvarlo (Jn 3, 17).

En la Pasión de Cristo se nos ofrece una viva radiografía de la injusticia humana. No sólo nos juzgamos y condenamos mutuamente, sino que hemos juzgado y condenado a Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios. Ésta es la dolorosa pasión del juicio humano.

Por otra parte, la sociedad no sólo condena al malhechor, sino que ha declarado la persecución, la infamia y hasta el martirio contra los hombres que, con valor profético, predicaban la verdad, denuncian la injusticia y claman por la defensa y vivencia de los valores evangélicos.

Es sintomático que ante la presencia de un profeta se abre una fuerte alternativa: convertirse de corazón a Dios, o exterminar al profeta. Los dirigentes del pueblo optaron por exterminar a Cristo, el profeta por excelencia, de la verdad y de la justicia.

Comprendemos que el hombre es obcecado y pecador. Pero nos cuesta aceptar que sea incapaz de ver a Dios en la santidad y en la justicia, en el amor y en la misericordia, en la vida y las obras de Jesús, en beneficio de los pobres y desvalidos.

El juicio contra Cristo fue arbitrario e injusto. Es más fácil condenar a un justo que condenarlo justamente. "Los sumos sacerdotes y el sanedrín buscaban falsos testigos contra Jesús para condenarlo a muerte, pero no los encontraron" (Mat.26-59) No existe ninguna culpa en el justo Jesús. Existe, eso sí, la ceguera, la dureza del corazón y una autodenuncia. "Su vida es un reproche para nosotros" (Sab.2, 14)

Cristo no será condenado por ninguna maldad, sino por ser el profeta contra toda maldad, y por ser la revelación de la justicia que exige la fe y la conversión.

## El Juicio de la Autenticidad

**M**e pasma y me estremece ver a Jesús juzgado y condenado injustamente por la perfidia humana. Y me admira la majestad de Cristo ante la vileza humana.

Cristo, en el juicio ante Caifás se muestra como un héroe de la verdad y de la autenticidad. Durante su vida ha guardado el "secreto mesiánico" para evitar la exaltación de su pueblo, pero ante el reto del sumo sacerdote Caifás: "Yo te ordeno de parte del Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios" (Mat. 26-63). Jesús, en este momento puntual, de carácter oficial, no debe callar. Debe proclamar que Él es el Mesías, el Hijo de Dios.

Sabe perfectamente que esta proclamación le va a costar la sentencia de muerte. Y así, en un gesto valiente y mesiánico, responde: "Tú lo has dicho; y además Yo os digo que veréis al hijo del hombre sentado a la derecha del Todopoderoso, y venir sobre las nubes del cielo" (Mat. 26-64). Y Caifás dice. "Ha blasfemado, es reo de muerte".

Jesús es un gigante del espíritu ante los juicios humanos que durante su vida hostigaron su persona. Sin embargo, modelo de personalidad, vivió con fidelidad el proyecto divino, superó la incompreensión de su familia, triunfó sobre los magistrados y autoridades y dio fiel testimonio de su proyecto de Cruz y Pasión ante los apóstoles. La verdad y la autenticidad son el sello de su vida.

Cristo es el prototipo del bien y de la justicia. Pareció por un momento, breve eclipse, que el odio y la injusticia acabarían con Él y con su causa. Dios permite el pecado del hombre, pero nunca permitirá su triunfo.

Cristo, aparentemente fracasado en la cruz, iniciará desde esta cátedra la gran epopeya de la causa de Dios, de la justicia y de la santidad hasta el martirio. Allí en la cruz está el juicio definitivo del mundo. "Ahora es el juicio del mundo. Y Yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (Jn.12, 31-32).

Desde el misterio de Cristo crucificado existe en el creyente un juicio, un tribunal de autenticidad, donde debemos vivir y proclamar nuestra identidad cristiana.

En un mundo de masas, como el nuestro, se ha perdido la identidad y la autenticidad cristiana. Y nos falta el valor y el coraje para ser testigos de Cristo en la intimidad de la familia. Sentimos timidez y sonrojo por defender a Cristo ante el ateísmo moderno. Nos falta el testimonio que es dinamismo y fermento de la fe cristiana.

**"En las situaciones actuales la Iglesia está llamada a dar su testimonio de Cristo, asumiendo posiciones valientes y proféticas" (RMI, 43)**

## El Dinero y la Traición

**E**n la historia de la humanidad el hombre jamás se habrá sentido tan traicionado y vendido por el dinero como en la crisis actual. La avaricia y la soberbia han dilapidado el imperio del dios Mammón. ¿Cómo y dónde se han esfumado los miles de millones de euros que han llevado a la banca, a las bolsas y a los sufridos ahorradores a la bancarrota? El dinero, que debe generar el desarrollo y el bienestar, se ha convertido en avaricia y ha generado la corrupción, la injusticia, la explotación del hombre por el hombre, con funestas consecuencias para todos.

Sufrimos el señuelo de poner lo económico por encima de los valores humanos, como son la vida, la persona y los derechos humanos. Todo vale, y hoy día se trafica con la vida y con las personas.

El dinero y la traición hacen su siniestra aparición en la Pasión de Cristo. ¿Quién puede asegurar que Judas odiaba a Cristo? Tal vez ese odio jamás existió en su corazón. El problema de Judas es el dinero, la avaricia.

Judas se ha informado de que el sanedrín desea capturar a Cristo y ofrece una suma de dinero. Ésta es la oportunidad. Judas arma en su mente una trama desventurada. Venderá a Jesús con un beso traidor, y cobrará el dinero. El sanedrín procederá a la captura de Jesús, quien se escabullirá de sus manos como en otras ocasiones, dejando burlados a sus enemigos....

Cuanto fatua ha sido su trama mental, así será trágica su frustración. Cristo ha sido sentenciado a la muerte en la cruz. Es la hora crucial para el traidor. ¿Qué hará? ¿Irá a los cómplices del pérfido negocio diciéndoles: "Pequé entregando su sangre inocente?. Ellos respondieron: "¿A nosotros qué? Allí tú".(Mat. 27, 4).

Judas podría haber ido al pie de la Cruz de su Maestro para pedirle perdón. Y Jesús, con amor salvador, le hubiera dado el perdón. Pero en su corazón no había reservas morales para su redención espiritual. Entonces arrojó las monedas en el templo y fue a ahorcarse. Judas corona su traición con la desesperación.

Éste es un hecho muy significativo para nuestro mundo, atraído por el brillo del oro y del materialismo. Sentimos, hoy día, el desgarramiento de la crisis económica, fruto de la avaricia y de la soberbia. Nos vemos traicionados y vendidos. Y estamos dando a la vida soluciones decepcionantes como son: el suicidio, la increencia y la apostasía. A pesar de esto Cristo nos invita a un abrazo de perdón y de amor.

**"El oro, a la par que el más puro de los metales, es el mayor de los corruptores" (Josef Sanial-Dubay)**



## NEGAR A JESÚS

**N**egar la verdad vital de la fe en Jesucristo es apostasía. Negar a una persona que nos ha colmado de amor y beneficios es villanía.

En la Pasión de Cristo la conducta de Pedro nos pone al descubierto la desconcertante versatilidad moral y espiritual del hombre. Jesús le ha dicho: "Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño". Y también: "Te aseguro que esta misma noche, antes del canto del gallo, me negarás tres veces". Pedro le dijo con cierta arrogancia: "Aunque tenga que morir no renegaré de Ti". (Mt 26,30 ss).

El pecado del hombre está en creer más en sí mismo que en Cristo. Es todo un proceso de auto-suficiencia, y lógicamente, de abandono de la fe y de la confianza en Dios. El punto neurálgico del pecado de Pedro gira en torno a Cristo, su conocimiento y su testimonio. "Yo no conozco a ese hombre de quien me hablas". Y se puso a maldecir y a jurar que no conocía a aquel hombre (Mt 26, 74).

Pedro intenta salir a flote en la defensa de su persona y de su vida. El conocimiento y el seguimiento de Cristo son para él, en ese momento, graves inconvenientes. Cree que con la blasfemia y el juramento resolverá mejor su defensa. En el fondo ni él cree eso, ni nadie se lo va a creer. El pecado carece de razones y de lógica.

¿Qué sucederá? Jesús que "conoce lo que hay en el corazón del hombre" (Jn 2, 25), sufre en su corazón las negaciones de Pedro, proféticamente anunciadas por Él, pero nada de eso le sorprende. Para Cristo todo pecado debe tener una solución de amor y Redención.

Y así, un encuentro con la mirada redentora de Jesús, bastó para hacerle ver a Pedro su apostasía y su villanía. Y tocado por la gracia del Señor, se convirtió, dejó aquel ambiente de retos grotescos y lloró sus inexplicables negaciones.

Pedro es un reflejo vivo y palpitante de una gran parte de la sociedad cristiana actual. Hemos vivido durante muchos años la experiencia del misterio de amor y salvación de Cristo. Pero en esta hora crítica hemos llegado, llevados de la mano del racionalismo, a una autosuficiencia y hasta cierta soberbia rayana en la autonomía y en la independencia de Dios. El tipo de increencia que hoy se vive no es una negación abierta de Dios, sino más bien la indiferencia religiosa y el agnosticismo. Simplemente se pasa de Dios. Es el nuevo signo del ateísmo actual.

Cristo será siempre el centro de la fe cristiana. No basta confesarlo con los labios. Es la hora de ser testigos de Cristo con la vida y la evangelización. Ésa es la encrucijada de Pedro, de la Iglesia y de cada uno de los creyentes.

## El CALVARIO del juicio

**T**odo juicio es un calvario, un sufrimiento, a veces, prolongado. Aparte del sufrimiento del juicio civil Jesús nos advierte: "No juzguéis y no seréis juzgados" (Mt 7-1). Uno de los males que tanto daño hace a las familias y a la sociedad es el juicio temerario mutuo. Hay una fuerte tendencia a criticar y a juzgar a nuestros semejantes y al mismo Dios.

En los Evangelios de la Pasión vemos que la sentencia de condenación contra Jesús, antes que aflore a los labios, está ya dictada en el tribunal del corazón humano. Hay corazones que no necesitan argumentos para condenar a sus semejantes. Su corazón malherido es sobrado motivo para ello.

Los hombres, con frecuencia, nos juzgamos y condenamos con tanta facilidad como arbitrariedad. Y llevamos al débil y al justo al Calvario de la difamación, a la muerte psicológica, moral y social. Normalmente no es el justo el que condena al injusto. Es el envidioso Cain quien condena a Abel. Son los profetas, mensajeros de la justicia, los condenados por la dureza del corazón humano.

Cristo sufre en su persona esta realidad amarga de la humanidad. Su solidaridad con la causa del hombre es la fuerza motriz de su espíritu para asumir con amor este juicio.

¿Quién conduce a Jesús al tribunal civil? Nadie encontró en Él causa justa para ello. Es el corazón soberbio, lleno de hipocresía, denunciado en su mentira existencial ante Dios y ante los hombres, el que mueve el proceso de su condena.

Pilatos quiere ser fiel a la ley y a los cánones de la justicia. Y les pregunta: "¿Qué acusación traéis contra este hombre?" (Jn 18, 29). Las acusaciones que presentan contra Jesús no tienen validez ante nadie y falsamente lo acusan: "Solivianta al pueblo, prohíbe pagar el tributo al Cesar y afirma ser Rey".

Pilatos poseía ya informes sobre la persona de Jesús, sobre su carismática bondad y su predilección por los pobres y enfermos. Y tenía ya elaborado su propio juicio, y se esforzará por defender su santidad y su justicia. Pero su debilidad, y la fuerte presión del pueblo, lo llevará a dictar la sentencia contra Jesús...

Ante el Calvario de nuestros juicios pensemos: "Tanto amó Dios al mundo que no envió a su Hijo para condenar al mundo, sino que el mundo se salve por Él. Quien cree en Él no es condenado, sino que tendrá vida eterna" (Jn 3, 16 ss.)

**"Dichosa la ciudad donde se admira menos la hermosura de sus edificios que las virtudes de sus habitantes" ( Zenón de Elea)**

## ¿JESÚS O BARRABÁS?

**"Pilatos dijo: ¿A quién queréis que deje libre, a Barrabás o a Jesús, llamado el Cristo? El pueblo respondió: "A Barrabás" (Mt 27, 17 ss.)**

**E**n la escena de la Pasión de Cristo aparece un hombre condenado por la ley a la muerte. Su nombre es Barrabás. Es un hombre afortunado. El hombre Dios lo va a librar de la condenación. Barrabás se ve parangonado con el hombre justo y santo por excelencia, predicador del Reino de Dios. Un hombre que pone el centro de su Reino en Dios y en el hombre con quien se hace solidario.

El programa de su Reino es liberar al hombre de su pecado y de toda injusticia. Y Barrabás será el primer beneficiario de tan alto don y de tan maravillosa solidaridad divina. En el misterio de Cristo hay algo que constituye la esencia de nuestra fe: "El que por nosotros y por nuestra salvación bajó del cielo" (Credo).

Según esta verdad Jesús no ha sido pospuesto, sino propuesto por nosotros. En el centro del proyecto divino está establecido que Cristo nacerá, vivirá y morirá por nuestra salvación. Cristo, solidario con los hombres pospuestos y marginados vive el espíritu divino de restauración de todo mal. No es una fatalidad histórica. Es su proyecto de amor.

Toda persona, buena o mala, rica o pobre, tiene fundamentalmente los mismos derechos. Es injusticia establecer diferencias de derechos en las personas, así como posponer a unas personas sobre otras. Cristo no sólo quiere redimir en su vida estas injusticias, sino también ser víctima solidaria y redentora.

El apóstol san Pablo proclama la ofrenda solidaria de Cristo: "Cristo murió por los impíos. En verdad, apenas habrá quien muera por un justo; mas Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros" (Rm 5-6).

Por encima de toda la experiencia histórica de la vida de Cristo está el amor, la gratuidad divina, su solidaridad redentora para el bien y la gloria de la humanidad.

La Iglesia, la familia y la sociedad cristiana, inspirada en la Redención de Cristo, debe vivir comprometida con la defensa del hombre, de sus derechos y de su dignidad.

Cuando se vive este espíritu se va realizando la superación de situaciones infrahumanas en el orden familiar, espiritual, moral y social. El ejemplo de Cristo es admirable, al dar su vida por nosotros en un gesto de solidaridad divina.

**"El principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana" (GS)**

## LA TORTURA DE LOS AZOTES

**"Nosotros lo tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Él ha sido herido por nuestras rebeldías" (Is 53,4)**

**L**a sociología actual, al investigar las causas del desorden social, declara científicamente que la existencia de la delincuencia es fruto y herencia de sociedades tolerantes, represivas e injustas. En el afán de guardar el orden social las autoridades se han valido de medidas coercitivas y de torturas. La conciencia cristiana deplora profundamente la maldad humana, así como la dura atrocidad en su castigo.

El espíritu de Cristo es el amor y la restauración de la nueva humanidad. Jesús asume en su cuerpo el tormento de la flagelación, porque como Redentor del género humano quiere redimir y sanar el cuerpo social, víctima de pecados y penas. "Eran nuestras dolencias las que Él llevaba, y nuestros dolores los que soportaba" (Is 53-4).

El suplicio de la flagelación era horrible y cruel, reservado únicamente a los esclavos. Un romano no podía ser flagelado. ¿Cuáles fueron, de verdad, las razones de la flagelación de Jesús? ¿Será algún delito, una rebeldía política o un odio hacia su persona? Hay que proclamar en voz alta: no existe ninguna de estas razones.

Los evangelistas nos presentan gráficamente la verdad de los hechos. Pilatos interroga al pueblo: "Pero ¿qué mal ha hecho este hombre? No he hallado en Él ninguna culpa que merezca la muerte. Por eso después de azotarlo lo dejaré libre" (Lc 23-22). Es sorpresiva y aterradora esta decisión. Pilatos manda azotarlo después de confesar su inocencia. Es una flagrante traición a la conciencia y a la ley. ¿Se puede jugar así con la persona, su dignidad y su inocencia?

Aparte de la sinrazón de la flagelación del Señor se ha de destacar su crueldad. Los romanos lo describen así: "Horrible flagelo" dice el poeta Horacio. "Horrendo preludio de la muerte, el que no quedaba en el sitio muerto por los azotes quedaba estropeado por toda la vida" (Suetonio). El diluvio de los golpes estremece su cuerpo hasta el vértigo del dolor. Se rasgan sus carnes, revientan las arterias y corre la sangre a raudales.

La violencia de la crueldad humana, de la injusticia y del dolor, no le impide a Cristo poner su amor infinito. Amor redentor y solidario con el ser humano. Es el sacrificio del amor y del dolor infinito. Cristo no sólo es Redentor porque expía el pecado del hombre, sino también porque es una gracia histórica para suprimir en la tierra el pecado y la tortura.

**"Sin la Redención del núcleo del corazón del hombre, siempre subsistirá el delito y el castigo. La Pasión del Salvador es la salvación del hombre" ( F.Varillón)**

## AUTOAZOTARSE

**"Debemos pedir un cuerpo sano en un ESPIRITU SANO" (D. Junio Juvenal)**

**E**n la viñeta anterior decíamos que Jesús azotado es la gracia histórica para suprimir en la tierra el pecado y la tortura. Y que la solidaridad de su Pasión siembra en las entrañas vivas de la humanidad el ideal de "un cuerpo sano en un espíritu sano".

Tal vez la tortura de la flagelación, al estilo de los tiempos de Cristo, haya desaparecido en la cultura actual. Pero no sólo existe la tortura física. Vivimos, hoy día, la tortura psicológica y moral. Es lo que denominamos "AUTOAZOTARSE".

La realidad moral del hombre actual presenta un cuadro desgarrador, porque gran parte de nuestra humanidad se azota en forma desgarradora. La autoflagelación es severo castigo moral, físico y sociológico del sida, de la droga y del libertinaje sexual. Altos porcentajes de la juventud son verdugos de su propia dignidad y víctimas de males fieramente incrustados en su ser. Se vive el frenesí del placer con el paliativo del amor y carentes del amor verdadero, de la fidelidad y de la responsabilidad mutua, manifestada en forma alarmante en la atomización de la vida y de la familia.

Hoy día surge con gran poder el azote de los peligros de la red, ocasionando nuevas patologías en jóvenes y adultos con síntomas de depresión, aislamiento, falta de comunicación, pornografía, tendencia a la agresividad y sensaciones de impotencia. Nuestro mundo se autoazota también porque, a través de los medios de comunicación, se proyecta la voz y la imagen que invita al desenfreno. A todos nos afecta esta dura realidad. No hay sanidad en el cuerpo de la humanidad, sobre todo, por sus finales consecuencias de frustración e inmoralidad.

El espíritu de Cristo es la liberación de todo mal. Su misión era una invitación a la conversión y a ser fermento de liberación y salvación. Por ello, además de su mensaje salvador, entrega su cuerpo a los azotes y todo su ser a la inmolación para ofrecer, como en un cáliz de oro, su vida y su sangre por la expiación de nuestras culpas. Este ejemplo es esencialmente redentor para todos y goza de valor infinito, superior a todo sistema de represión humana.

Un mundo que observa y sufre pasivamente sus males, nada aporta para su gloria y dignidad. Urgen hoy día profetas que nos inviten a una dinámica restauración moral y a un compromiso ético de rescate personal y social.

Cristo, azotado en su carne virginal, es el signo redentor para sanar nuestras graves e incurables llagas personales y sociales.

## CORONA DE ESPINAS

**"Los soldados trenzaron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza"**

**L**a cabeza es parte vital en todos los seres. Hay inteligencias que, adelantándose a su tiempo, han abierto luminosos horizontes a la ciencia y al progreso. A los genios de la filosofía y sociología, debemos el reino de la prosperidad espiritual y social. También han existido cerebros que, llenos de espinas de ambición y odio, han generado la trama de la injusticia con sus graves tragedias. Los delincuentes perturban el orden social, pero los filósofos del materialismo presentan sus tesis con carácter de legitimidad. Es una inmensa corona de espinas que ha martirizado a la humanidad.

El mal moral que afecta al hombre, antes de residir en el corazón, nace en su mente. Es el cerebro el que gobierna el mundo en su dimensión del bien y del mal.

La humanidad ha recibido en su seno a grandes profetas de la verdad, coronas de oro de espiritualidad, que han sido fermento de los valores que dignifican al hombre. Pero los genios estelares de la verdad y del bien han sido perseguidos, silenciados y sometidos a lavados de cerebro.

Hubo una mente, fiel reflejo de proyectos divinos, que vivió y predicó la verdad, la justicia y la santidad, y que fue torturado con la sangrienta corona de espinas. Cristo, centro de la sabiduría divina, asume las injusticias humanas cometidas contra los espíritus que predicán el bien, e inicia un reinado de la verdad y de la justicia divina que será perenne invitación a restaurar la humanidad.

Cristo nunca presentó en su vida un proyecto de reino terrenal. El mundo contemporáneo de Jesús no supo ni comprender ni valorar su Reino. Les parecía un soñador de utopías, de un reino ajeno a este mundo de poderes, de armas, de castillos y ejércitos. Un reino espiritual que arranca desde las entrañas vivas del hombre restaurado y transformado, no entraba en la capacidad mental de ellos.

En la coronación de espinas de Jesús vemos los signos de su reino. En primer lugar la coronación de espinas será un reino solidario que redime la misma fuente de las decisiones humanas que es la mente. El reino de la tortura y la violencia debe ser cambiado por el reino de la caridad y la justicia.

"La caña que pusieron en su mano derecha" es símbolo de debilidad. "La debilidad de Dios es más fuerte que la fuerza de los hombres" (1 Cor 1,25). La fuerza de los despotismos humanos recibe el repudio de la sociedad. La fuerza de Cristo es el amor que siempre invita y el dolor cristiano que purifica y redime.

**"En el sufrimiento se oculta, con una intensidad extrema, la fuerza ascensional del mundo" (T. de Chardin)**

# HA LLEGADO "LA HORA"

"Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo (Jn.17, 1)

**H**a llegado la hora de la verdad para Jesús. El término 'hora' tiene en el cuarto evangelio una dramática, y a la vez, una esperanzada significación. La hora de Jesús es su Pasión y muerte y designa la manifestación de la gloria divina en Él. Vivir y asumir este misterio será para Jesús la hora de la glorificación definitiva de su vida y de su vocación mesiánica. En Cristo se va a manifestar la gloria del Padre. Es una gloria singular y divina que ha de brillar, no por la fuerza del poder, sino por la fuerza del amor hasta la muerte.

El anuncio de la Pasión parecerá locura a las gentes de todos tiempos. Para nosotros, los cristianos, Cristo es el único amor fiel y confiable. Él es la imagen personal de Dios, que apuesta por morir en la cruz como el signo supremo de amor.

El apóstol Pedro se opone a que el Mesías sea crucificado. Cristo le recrimina diciendo: "Tú no piensas como Dios, sino como los hombres" (Mt 16,23).

A Jesús, el pensamiento de redimirnos, aunque sea por la muerte más cruel, le hace exaltar de alegría. Habla de su Pasión como un convite pascual. Estamos de acuerdo: la clave del éxito y de la gloria está en el sacrificio generoso y solidario. Nos admira a todos la oración de Cristo. "Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo". Ha llegado la hora de Jesús. No se trata de un futuro, sino de un presente eterno. Es la hora de la victoria de Cristo sobre Satanás y el mundo hostil a Dios, es la hora de la revelación de su amor sobre el odio y la maldad.

¿Cómo es glorificado Jesús? Entregándose a los poderes del mal y destruyendo con su amor, y el triunfo de la Resurrección, la dictadura de la injusticia humana. Cristo vivió una experiencia humana en el encuentro directo con la humanidad. Hizo un maravilloso despliegue de mensajes del nuevo Reino de Dios, curó a los enfermos, resucitó a muertos y dominó las fuerzas del cosmos. Y llegó a esta clara conclusión: el mundo no se salva con mensajes de amor, con promesas y milagros, el mundo se salva por la Pasión de amor, sellada con su sangre, con la entrega de la vida divina en el suplicio más infame inventado por la maldad del hombre: la muerte en la cruz. Ésta es la experiencia profunda y solidaria de Cristo. ¡Feliz hora!

El amor a Dios y al hombre, la vida consagrada por esta causa, crean los héroes espirituales y los líderes que transforman la humanidad.

Para Jesús ha llegado la hora: "La prueba más grande del amor es dar la vida por el amigo". Padre, glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique (Jn 17,1).

# LA SABIDURÍA DE LA CRUZ

"Nosotros predicamos a Cristo Crucificado, escándalo para los judíos, locura para los griegos, y para los llamados a Cristo fuerza y sabiduría de Dios" (Cor 1,22)

**E**n la humanidad siempre ha existido el mal, pero nos horroriza el pensar que la sociedad, para castigar el mal, haya inventado el horrible suplicio de la cruz.

La historia del mundo parece un círculo vicioso de exceso de maldad y exceso de castigos. Uno de estos excesos, suplicio el más horrendo, el más infame contra la persona humana, es la cruz. El crucificado, en la cultura hebrea era maldito de Dios. "Al que cuelga de un árbol Dios lo maldice" (Dt 21, 23). Para los romanos la muerte en la cruz era indigna de un ciudadano. Un romano podía ser decapitado, pero nunca crucificado. La cruz era un suplicio reservado para los esclavos.

Jesús, a impulsos de su amor redentor, se hizo ciudadano del mundo. Como tal no podía ser crucificado. Pero al ser vendido al precio de un esclavo, treinta monedas de plata, perdía sus derechos de ciudadano, y nada obstaba para que la injusticia y la perfidia humana lo llevara a la muerte en la cruz.

Ante los excesos del mal y los excesos del castigo, Cristo puso el exceso de su amor. Amor que había pensado y decidido la redención de toda injusticia humana, y amor que tendrá su vértice en la revelación de la cruz. La vida de Jesús es una orientación hacia la hora de la cruz. Es una revelación histórica y viva del amor de Cristo al hombre.

El evangelista san Juan centra su atención en el amor de Cristo, más que en su muerte. No es la muerte en la cruz la que nos salva, sino el amor de Cristo. El amor ha sido siempre la verdad de Dios. Cristo no nos ha salvado porque ha muerto, sino porque nos ha amado hasta la muerte.

Para la fe del cristiano lo importante de Cristo no es el sufrimiento, la cruz o la muerte, sino su infinito amor. El amor de Cristo es el que da un valor redentor a la cruz y a la muerte.

La Pasión de Cristo es Pasión de amor, está por encima del tiempo, por tratarse de las culpas de todos los tiempos, y es contemporánea de cada uno de los miembros de la familia humana. Por la Pasión de Cristo el hombre descubre cuánto nos ama Dios, y se siente invitado a participar de su amor que nos transforma. Así se realiza la salvación del creyente.

En la cátedra de la cruz está la sabiduría del amor de Dios.

# LOS CRUCIFICADOS DE HOY

Como fruto de la meditación de Cristo Crucificado, hemos acuñado esta expresión: "los crucificados de hoy". De verdad, en nuestra sociedad civilizada se multiplican los crucificados por la explotación social y económica, la violación de los derechos humanos, la injusticia y la opresión, la violencia y el terrorismo. Pero no todos los males nos vienen de la sociedad. En la vida personal hay una constelación de "auto-crucificados" que son verdugos y víctimas de su propia vida.

En el orden humano y religioso estamos sufriendo la cruz del materialismo práctico cerrado a Dios, generando así la sinrazón de la fe y de la vida, el vacío existencial, la insatisfacción y graves psicopatías. Es la cruz vital que ha hecho afirmar: "El hombre es un ser absoluto, pero fracasado. El hombre es una pasión inútil" (J.P.Sartre).

En el orden social sufrimos la cruz de la ambición del poder y del dinero, la global explotación del hermano, a quien en lugar de servir, nos servimos de él, creando así el sufrimiento y la miseria humana. En el orden personal y colectivo el pecado hunde sus raíces en las entrañas de la trama humana. Es una sociedad que tiende hacia la cultura de la muerte, la indiferencia, la infidelidad a la propia conciencia y la inversión de valores. Debido a todo esto nos sentimos "vacíos de nada y llenos de todo" (canción).

Nuestro mundo se ha crucificado. Es la cruz del egoísmo y de la emancipación, con el agravante del libertinaje, el frenesí del placer y la droga, con nocivas consecuencias para la vida y la salud. Y para colmo de males sufrimos la impotencia física y moral para liberarnos de ello.

El espíritu de Cristo es salvar y redimir a estos crucificados y quiere que su Iglesia viva este espíritu. De hecho, gracias a la fe en Cristo, incontables pecadores y herejes se han convertido y han transformado su cruz dolorosa en una Pascua de gloria. Ante los "crucificados de hoy" todos los creyentes debemos proclamar que Cristo ha sido crucificado por nosotros y por nuestra salvación. Es una gloriosa gesta del amor solidario del Redentor.

La Iglesia, inspirada en la Redención de Cristo, debe vivir comprometida en las causas de la salvación del hombre, con gestos de acogida y mensajes de evangelización. Cuando esto se vive, se va realizando la superación de situaciones infra-humanas en el orden espiritual y moral. Sólo así podemos proclamar que somos fieles al evangelio de la Pasión de Cristo, que dio su vida por la salvación de todos. Cristo no nos salvó desde un palco, sino desde una cruz, redentora de todas las cruces humanas.

# PADRE, PERDÓNALES

"Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen" (Mt.27, 42)

Estas palabras reflejan la plenitud del amor y perdón de Cristo Redentor. Jesús toda su vida suspiró que llegara su hora, la hora de la revelación del misterio de la Salvación. Y su corazón ardía con un fuego de amor para entregar su vida: "He venido a prender fuego y cuánto deseo que estuviera encendido. Con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado y qué angustia siento hasta que se cumpla" (Lc 12, 50). Es el bautismo de su sangre derramada por nosotros, es el momento histórico y providencial de todos los siglos en que va a quedar consumada la Redención humana.

Es, por otra parte, la hora histórica para poner a prueba de fuego el amor del corazón humanado de Dios. Porque a Jesús, más que el infinito martirio de la cruz, le desgarró la maldad del corazón humano al ver a sus pies un revuelo de cabezas humanas con un reto de soberbia, con rugidos de fieras humanas, palmas de triunfo, silbidos de escarnio, desafíos llenos de orgullo: "Si es el Hijo de Dios, que baje de la cruz y creemos en Él; a otros ha salvado que se salve a sí mismo" (Mt 27-42).

Sobre este negro cuadro de la maldad humana y un soberbio reto a la ofrenda salvadora de Cristo, ¿cuál será su respuesta? Jesús, fiel a su vocación mesiánica, como Salvador del mundo, nos ofrecerá la revelación del prodigio del acto redentor, el más inesperado, el perdón de sus enemigos. Es toda una epopeya de amor, de perdón y de salvación: "Padre, perdónales porque no saben lo que hacen".

Es la voz poderosa del mediador que excusa e intercede por los ignorantes y pecadores, es el perdón infinito y gratuito que ofrece a la humanidad pecadora de todos los siglos, como un don sagrado de una misericordia que redime y salva.

Jesús tuvo en su vida fuertes experiencias del pecado y de sus diversas reacciones en el corazón humano. En primer lugar vivió la gratificante experiencia de pecadores convertidos como Mateo, Zaqueo, María Magdalena y la Samaritana. De parte de otros pecadores, de cerviz dura, sufrió la infamia y la resistencia, el odio y el rechazo. Jesús, a pesar de su maldad, les ofrece su perdón redentor.

"Padre perdónales porque no saben lo que hacen". "Todos sabían por qué habían matado a Jesús, pero no sabían por qué había muerto Él" (O.G. de Cardedal)

Ante la revelación y el ejemplo del amor y perdón de Cristo crucificado estamos invitados a tomar decisiones definitivas de conversión y salvación.

**"El hombre no logra descubrir que optar por el bien infinito, o por el mal infinito, es una opción infinita (J.L.Martín Descalzo)**

# HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO

"Acuérdate de mí cuando estés en tu reino". Jesús le dice:  
"En verdad te digo, hoy mismo estarás conmigo en el paraíso" (Lc 23,43)

El diálogo entre la cruz de Cristo Salvador y la cruz del pecador es una rica fuente de inspiración para profundizar en el misterio de la salvación de Dios y en el misterio del hombre pecador, que a pesar de sus delitos, ora y sueña con el Reino de Dios.

Sobre el Calvario dos cruces se levantan junto a la cruz de Jesús. Y clavados en ellas dos criminales que personifican dos grandes y profundos misterios. La salvación por la fe y la oración del buen ladrón, y el rechazo y la blasfemia por parte de su compañero.

Con razón dice San Agustín: "Hay tres hombres en cruz: uno que da la salvación, otro que la recibe y un tercero que la rechaza. Para los tres la pena es la misma, pero todos mueren por diversa causa".

Toda persona, en el fondo íntimo de su ser, es un misterio incomprensible. ¿Quién puede intuir y definir las inexplicables reacciones y decisiones psicológicas y espirituales ante Dios y ante sus semejantes en las duras cruces de la vida? Tenemos un ejemplo de esto en los dos ladrones crucificados con Cristo. La cruz de Cristo es un paradigma para el ser humano, es el signo por excelencia de salvación, libremente aceptada por uno y ciegamente rechazada por el otro. "Hay cruces de paraíso y hay cruces de blasfemia" (Journet).

Uno de los crucificados blasfemaba diciendo: "¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros". El otro crucificado, en un principio da su aprobación. Pero, al momento, escucha las palabras de Cristo: "Padre, perdónales porque no saben lo que hacen". Su corazón se siente vivamente conmovido y transformado, y en la hora subliminal de su dolor replica al otro crucificado: "Nosotros expiamos justamente nuestras culpas, en cambio éste, nada malo ha hecho".

El buen ladrón observa el ejemplo del amor y perdón de Jesús, su actitud de oración, sus palabras que son mensajes de solidaridad con el hombre y fe en Dios. Siente algo indecible en su alma, es la irradiación de la gracia redentora de Cristo. De su corazón renovado por Cristo se eleva una plegaria: "Acuérdate de mí cuando estés en tu reino". Este es el primer penitente que confiesa a Cristo su maldad. Es un penitente y apóstol de Cristo que abre su corazón a la misericordia y la salvación divina. Y Jesús le asegura, con garantía divina, su vida gloriosa diciendo: "Hoy estarás conmigo en el paraíso". Este es el diálogo más sublime entre Dios y el hombre. El diálogo de un hombre arrepentido, y Cristo que ofrece su vida y su sangre por la salvación universal.

# AHÍ TIENES A TU MADRE

"Jesús, viendo a su madre y al discípulo a quien amaba, dice a la madre: Ahí tienes a tu hijo. Y luego dice al discípulo: Ahí tienes a tu madre" (Jn 19, 26-27)

Más que la sangre, identifica y solidariza a las personas el dolor que circula por los corazones. Toda madre está dotada de sensibilidad especial para la percepción y afectación del sufrimiento. La inmensa mayoría de las madres tienen antenas muy sensibles para captar y vivir, en sumo grado, el dolor de sus hijos, hasta constituir las en mártires silenciosas y heroicas. Toda madre es una opción íntima para el martirio secreto de su corazón. El mal, el fracaso y la tragedia de un hijo tienen un eco en el corazón de una madre. Toda madre es una perfecta sintonía con el ser de sus hijos, sufre sus reveses y vive al unísono con sus penas. Toda madre está dolorosa al pie de la cruz de sus hijos, la cruz de la droga, del fracaso moral y social.

¿Por qué sufre la Virgen María? Sufre, ante todo, como toda madre, ante el dolor de su hijo. En el orden de la fe, María comparte el misterio de la Pasión de Cristo, se asocia al proyecto divino de la Redención y se solidariza con la causa de Cristo para establecer en el mundo su Reino de justicia y santidad. María está dolorosa al pie de la cruz. Su presencia es dinámica en la gran hora de la Redención, y en sus entrañas se gesta la maternidad de una nueva humanidad.

María está al pie de la cruz como una sacerdotisa al pie de altar, ofreciendo al Padre la víctima, fruto de sus entrañas, que es Jesús. Está al pie de la cruz, recta y firme como una estatua de dolor. No está contorsionada ni retorcida. Está de pie, porque el dolor que dobla y retuerce la persona no tiene carácter redentor.

María sufre profundamente. Pero su sufrimiento lleva el sello del sacrificio que redime y sublima. Es sacrificio que la asocia a la gran epopeya de la Redención de Cristo. Es sacrificio de solidaridad con la causa de Cristo y de su proyecto de amor. La divina Providencia la ha asociado a la obra redentora de Cristo. En el primer acto redentor de Cristo, la Encarnación, María es constituida madre de Jesús. Y en el acto redentor de la Cruz recibe el testamento de su Hijo: "Juan, ahí tienes a tu madre". Y así consuma su participación con el misterio de Cristo y su Iglesia.

En esta hora sublime María inicia su maternidad espiritual sobre la nueva humanidad que nace en la tarde de la Pasión y en la mañana de la Pascua.

**"Señor, igual que Tú, María acepta y trasciende su propia situación de mujer, herida en sus afectos más sagrados. Inmersa en tu dolor, forma contigo una sola gran víctima, sacrificada por el honor al Padre y la vida del mundo" (E Zoffoli)**



# DIOS MÍO, ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?

**“ A la hora nona gritó Jesús con fuerte voz:  
Dios mío, por qué me has abandonado” (Mc 15-34)**

La hora suprema de la muerte de Jesús se aproxima. Las tinieblas del eclipse van tomando un tinte sombrío y negro. La tierra se estremece con un temblor alarmante. Las gentes, hasta ahora arrogantes, se alejan como sombras fugitivas. El soldado romano proclama en un gesto de fe: “Verdaderamente este hombre era hijo de Dios” (Mc15, 39). El Calvario queda envuelto en el misterio, en la soledad y en un interrogante...

Y Jesús, cumplida su misión redentora, abatido por el dolor y la soledad, como el más débil de los hombres, sin fuerzas para luchar contra tanta desolación, levanta penosamente su cabeza y dando un grito clamoroso dice con voz estremecida de dolor: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Gran misterio, casi imposible para la comprensión de nuestra fe. Y un interrogante flota en nuestros labios: ¿cómo Dios Padre puede abandonar a su Hijo muy amado? ¿Qué sentido puede tener esta afirmación en labios de Jesús moribundo?

Jesús, “el hijo del hombre” que presenta un rostro absolutamente humano, llega al extremo de la debilidad y de la angustia, se siente abandonado por Dios. ¿Cómo puede ser eso? No olvidemos que en toda la Biblia la muerte es presentada como algo malo que separa de Dios. Cristo experimenta la muerte como el mal más profundo del ser humano en sus propias carnes.

Cristo vive, en un mar de sangre, la experiencia redentora de su muerte. No es fácil comprender ni explicar este misterio. En este momento todo se eclipsa en el horizonte interior de su espíritu. Las tinieblas de la muerte se hacen más densas, impregnan todo su ser. La soledad es inmensa. El abandono en que se encuentra es semejante a la desolación de los réprobos. Es casi la experiencia de la nada.

Pero Cristo, en su muerte, prueba suprema para su humanidad, nos ofrece la revelación de la fe y confianza en su Padre que nunca le abandona, y de la honra de su corazón surge la plegaria reconfortante: “Padre en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Dios Padre no abandona a su Hijo moribundo y tras la cruz le tiene preparada la Pascua de la Resurrección. Así lo proclaman las comunidades apostólicas: “A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos” (Heh 2, 32). “Matasteis al Autor de la vida, a quien Dios lo resucitó de los muertos” (Heh 3, 15).

Sufrimos como Cristo la cruz de la vida, el abandono y la muerte. Pero Dios Padre, que resucitó a Jesús, si confiamos en Él nos hará partícipes de su gloria.

# TENGO SED

**“Sabido Jesús que ya todo estaba cumplido,  
para que se cumpliera la escritura dice: Tengo sed”**

Hasta en los más pequeños detalles ve el evangelista, en la muerte de Jesús, la realización de la Sagrada Escritura, lo que da sentido a su vida y a la historia.

Jesús está ya moribundo y de sus labios brota una angustiada voz: “Tengo sed”. Con este grito de dolor Jesús nos revela uno de los tormentos más grandes de su Pasión. Sobrados motivos tiene para sentir una sed verdaderamente devoradora. Con tanta sangre derramada por todos sus miembros, una sed abrasadora consume su cuerpo y su vida. La agonía del huerto de Getsemaní exprimió de su cuerpo abundante sangre y sudor. Los azotes, la corona de espinas y la crucifixión han sido fuentes de una Pasión de sangre. Y Jesús se está secando en la cruz como la hiedra enredada en un árbol al que se le han cortado las raíces. Y no hay un sorbo de agua para Dios, que muere en una cruz por amor al hombre.

La ciencia médica nos habla de la sed como fruto de la deshidratación causando un tormento que, como un fuego que corre por las venas, abrasa el cuerpo.

Una seria reflexión espiritual trata de analizar el porqué de la queja de Jesús con respecto a la sed. Y en el fondo de todo ello hay un misterio profundo. Veamos que Jesús no se queja en la sangrienta flagelación, en la coronación de espinas que torturan su cabeza, ni ante los clavos que desgarran sus manos y sus pies.

¿Cuál es razón del grito doloroso de Cristo en la Cruz diciendo: “tengo sed”? Ciertamente es la sed de la gloriosa Redención que desea irradiar sobre toda la humanidad. Jesús siente la eterna sed divina de apagar en las almas la fiebre del pecado, con sus funestas consecuencias del ateísmo, de la injusticia social y del mal moral personal y social.

Jesús ha dado su vida, su sangre y su misterio por la salvación de toda persona. Y, con toda justicia, tiene sed de una humanidad redimida y nueva. Desde la cruz redentora nos ofrece a todos, sin distinción, la síntesis de su vida y el programa para una nueva humanidad. Es una sed positiva como síntesis de su misterio de salvación

La Encarnación afirma y sublima los valores de la naturaleza asumida y restaurada. La Pasión redime a la naturaleza del pecado y de sus consecuencias. La Resurrección le exalta hasta su gloria y nos invita a participar de ella.

Señor, mueres de sed, de una humanidad redimida y por tanto de una nueva humanidad. Somos nosotros los que podemos calmar tu sed con un Sí abierto y generoso a tu vida y a tu misterio de amor.

# Todo se ha cumplido

**“Cuando probó el vinagre Jesús dijo: todo se ha cumplido” (.Jn.19, 30)**

**H**a llegado la hora para que todos los creyentes en Jesús nos identifiquemos y compartamos con nuestro Salvador la profunda vivencia íntima, dolorosa, pero iluminada por su fe mesiánica, en los momentos vitales y cruciales de su muerte y su Pasión.

Durante su vida lleva clavada en su mente una idea, como un clavo de oro, que repetidamente aflora a sus labios: “Mujer, todavía no ha llegado mi hora” (Jn,2-4)

Es la hora definitiva de su Pasión. Esta hora, en el espíritu de Jesús hace referencia, no solo a su Pasión dolorosa, sino también a su glorificación. Así se expresa en su oración sacerdotal: “Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te dé gloria a ti” (Jn17, 1).

La vida de Jesús constituye una unidad perfecta. Su misión culmina cuando termina su vida. Su Padre Dios le ha encomendado la misión liberadora de la salvación del género humano. Y esta misión llega a su plenitud en el momento de su hora. San Juan recuerda que ya todo se había consumado, por lo cual entregó su espíritu. He aquí una muerte plena, el punto perfecto de la vocación y misión de Cristo. He aquí el himno glorioso de la voluntad generosa en el cumplimiento de su misión.

Jesús, en medio de los tormentos de la cruz, ve que su conciencia se ensancha, se dilata en espacios infinitos y lanza un vibrante himno: **TODO SE HA CONSUMADO**. Desde este momento el Calvario es el lugar sagrado donde la creación entera proclama a los siglos venideros el nuevo pacto de misericordia.

Jesús tiene la conciencia de que vive una hora sublime. La maldad humana ha pretendido darle muerte, pero la muerte será vencida con la gloria de la Resurrección. En esta hora Jesucristo, en su visión profética, está viviendo la alegría de contemplar la interminable multitud de redimidos de todas las épocas y latitudes, bendiciendo y adorando la cruz levantada en el centro del mundo.

Todo se ha cumplido y se ha consumado en la cruz, signo de reprobación para los hombres, y signo de redención para el amor redentor de Dios. Es la visión redentora de un Dios que muere. Es la clara visión mesiánica que se remonta a los proyectos divinos, sus promesas, sus anuncios proféticos, las esperanzas de los pueblos, la plenitud de la realización en la persona humilde, en el siervo de Dios, y rubricada con la sangre de Cristo, sin la cual no hay redención.

Los hombres le han condenado a la cruz. Pero Cristo, en esa misma cruz, nos ha salvado a todos. **TODO SE HA CUMPLIDO**.

# PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU

**“Jesús, dando un fuerte grito dijo:  
Padre en tus manos pongo mi espíritu” (Lc 23,46)**

**L**os evangelistas, artistas del espíritu y admiradores de la oración de Jesús recitando y reviviendo en su agonía el salmo 21, nos han legado un tesoro de oro de las últimas horas de su Pasión. He aquí unas perlas preciosas de la oración y de la vivencia espiritual de la agonía de Jesús en la cruz: el reparto de sus vestidos, la confianza en Dios, su desamparo: “Padre, ¿por qué me has abandonado? Esta escena se halla presentada con extraordinario realismo, porque nadie se hubiera atrevido a inventar el abandono de Dios que Jesús sintió, si Él no hubiese pronunciado estas palabras.

También constatan que Jesús aceptó libremente su suerte; sus enemigos reconocen que Jesús pudo salvarse a sí mismo como salvó a otros; rechaza también aquí, como lo había hecho en otras ocasiones, la petición de un signo extraordinario para que creyeran en Él; goza de plena libertad; acepta su muerte, porque Jesús “entregó” su espíritu. Además Jesús dio un fuerte grito antes de morir. Los crucificados morían por agotamiento. El grito de Jesús tiene un aspecto de triunfo anticipado sobre su muerte. Y, por fin, cuando Jesús muere, son las tres de la tarde, hora en que el cordero pascual era degollado en el templo. Jesús, en esa hora sagrada lanza un grito de triunfo y ofrece su sangre por la redención de todos.

“El capitán, al ver lo que había sucedido alababa a Dios diciendo: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios”. El misterio de la muerte de Cristo está ya dando frutos de conversión y proclamación de la fe cristiana. Se adivina que nace ya el hombre nuevo como fruto de la redención a la sombra del árbol de la cruz.

Jesús pasó la vida en un anhelo continuo de dar su vida en la cruz. Jesús no es víctima de un destino, sino dueño y señor del destino y de la muerte, y por eso afirma: “Nadie me quita la vida, yo mismo doy mi vida, yo mismo la voy a recuperar” (Jn10. 18). Jesús quiere redimir la falsa idea de la muerte. No se sabía morir. El gentil entregaba su alma a los males infernales. El escéptico entregaba su alma al acaso. El materialista entregaba su alma al polvo de la tierra, y el pecador entregaba su alma al llanto eterno. Sólo Jesús nos enseñó a entregar la vida y la muerte al Padre misericordioso, que la recibirá e introducirá en el paraíso de la luz y de la vida eterna. Cristo no solamente nos redime del pecado, sino también de la fatalidad de la muerte sin sentido.

La muerte de Jesús es signo de una nueva vida para que nazca un nuevo mundo y una nueva fe. Jesús muere como maestro de la vida, pero también del bien morir. Es la lección más necesaria para la humanidad: “Padre, en tus manos entrego mi espíritu”.



## LA RESURRECCIÓN

En lo más hondo de la conciencia humana aletea el anhelo de la supervivencia y de la inmortalidad. En la rica gama de las culturas humanas se ha manifestado este anhelo con variadas expresiones y sistemas religioso-filosóficos. Las grandes religiones del Oriente han sistematizado la supervivencia con las teorías de la reencarnación y la transmigración. Son doctrinas religiosas y filosóficas según las cuales las almas, después de la muerte, transmigran a otros cuerpos más o menos perfectos para su purificación, conforme a la vida que hayan vivido. Hay otras culturas naturalistas, antiguas y modernas, que proclaman la felicidad temporal de la carne y que sólo ensalzan la vida presente y niegan la vida futura.

Mientras la cultura helenista habla de la inmortalidad del alma, la fe cristiana confiesa a la luz de la revelación divina la vida futura unitaria de todo el ser humano. El apóstol Pablo posee una fe por la que proclama: "Porque si hemos sido injertados en Cristo por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección" (Rm 6-5). Para Pablo la resurrección del Señor es la clave de la fe cristiana y garantía de nuestra resurrección. "¿Cómo entre nosotros algunos dicen que no hay resurrección de muertos? Si la resurrección de los muertos no se da, tampoco Cristo resucitó" (1Cor 15,20).

Nosotros los cristianos no creemos en la reencarnación ni en la metempsi-cosis. Nosotros creemos en la resurrección de todo nuestro ser, confiados en la palabra del Señor: "Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá, y el que está vivo y cree en mí no morirá para siempre" (Jn 11, 25-26).

La resurrección de Jesús ha merecido en nuestros tiempos profundos estudios. Es bueno que la ciencia y la teología agoten todos los recursos para su estudio. Pero vemos que Jesucristo nunca se preocupó de dar explicaciones teóricas sobre su Resurrección.

Jesús, en forma categórica, se dedicó a profetizar su Resurrección gloriosa ante la incomprensión de sus propios apóstoles y, como fruto y complemento de su misterio de la Redención, a ofrecer a todos el don de la resurrección.

¿Cómo resucitó Cristo? El gran escritor Martín Descalzo nos hace esta presentación: "El Jesús que resucita es el mismo que nació, vivió, sufrió y murió, pero es diferente. Porque resucita con un cuerpo glorioso, espiritualizado, transformado, como se aparecía a los apóstoles".

No podemos trasladar a la vida futura las categorías físicas de esta tierra. Resucitaremos como Cristo con un ser espiritualizado, transformado y glorioso.

## DOS RESURRECCIONES

La resurrección de Jesús ha suscitado en nuestros tiempos los más profundos estudios, ya que ella constituye para Cristo un hecho esencial en su vida y es el misterio clave de la fe cristiana. La reflexión actual destaca la resurrección de Cristo justamente con su vida humilde y sacrificada y, sobre todo, con su Pasión y muerte.

En los Evangelios vemos que siempre que Jesús anuncia su cruz y su Pasión proclama también la gloria de la resurrección. La resurrección de Cristo es una exigencia interna de toda su vida, sobre todo, de su Pasión y muerte. No es un premio posterior, sino un proyecto de su vida de Siervo de Dios y una fiel solidaridad con la humanidad pecadora que debe ser redimida y glorificada.

Toda la vida de Jesús es una revelación del amor de Dios. Es un amor redentor que perdona y salva al hombre, soporta nuestros dolores, se entrega a la muerte y resucita para ofrecernos gratuitamente la resurrección total para el ser humano. La resurrección de Cristo es un misterio que llena de sentido la historia humana. Pero, ante todo, ilumina la propia vida de Jesús, porque lo constituye en el Señor de la historia. "Sepa con toda seguridad todo Israel que Dios ha hecho Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros crucificasteis" (Hc 2, 36).

Por la resurrección Jesús trata de vencer el escándalo de la cruz, mostrándola como plan providencial de su Padre, toda una revelación del amor y de la bondad de Dios.

Otro de los aspectos que hoy día se destaca es que en la Pascua de Cristo vemos dos resurrecciones maravillosas: la de Jesús y la de sus apóstoles. Al morir Jesús, muere también la fe de ellos. Después de la Resurrección de Cristo y con el don del Espíritu Santo se produce un cambio espiritual en los apóstoles desde lo más profundo de su ser. Desaparecen, como por arte de encantamiento, sus dudas, sus miedos, sus incomprensiones del misterio de Jesús. Es, de verdad, toda una resurrección espiritual, es un milagro de Dios. Y se convierten en testigos de Cristo resucitado. Han resucitado espiritualmente, ha nacido una nueva raza de hombres, una nueva Iglesia, un nuevo modo de pensar, de creer y de vivir.

La resurrección de Jesús no es sólo garantía de nuestra resurrección física. Es, sobre todo, la resurrección de los espíritus para vivir una nueva fe, esperanza y caridad.

La mejor manera de proclamar la resurrección de Jesús es nuestra vida, siendo signos creíbles de su amor. Digamos con alegría: Cristo ha resucitado y vive en nosotros.